

Luego de un interesante proceso de consultas, reflexiones y críticas, y gracias al inmenso y productivo aporte de muchos y muchas hemos logrado elaborar esta segunda versión, que constituye una carta política, a la vez que una propuesta que contribuye a sentar las bases de una futura convención interamericana en materia de derechos sexuales y derechos reproductivos.

## II. Los nuevos escenarios

Con el paso de un capitalismo industrial a otro financiero, globalizado y en red, se han transformado dramáticamente los escenarios en los cuales desplegar las estrategias de cambio. La globalización, en su multidimensionalidad, ha implicado nuevas formas de organización social modificando el sentido de espacio (por primera vez el horizonte referencial comienza a ser el planeta) y el tiempo (los fenómenos se observan en tiempo real). La globalización dificulta una visión de futuro e incorpora la incertidumbre en la vida cotidiana trastocando identidades tradicionales y cuestionando verdades previas.

Con ello se ha generado no sólo una época intensa de cambios sino un “cambio de época”,<sup>2</sup> semejante al que provocó en su momento el descubrimiento de la rueda o la revolución industrial, con el consiguiente quiebre de los paradigmas

que organizaban los horizontes de la cotidianidad, la política y la economía. El impacto de estos procesos en las dimensiones culturales, subjetivas y simbólicas de la sociedad y las ciudadanías es enorme, y al mismo tiempo ambivalente.

La complejidad y el desarrollo desigual de las diferentes dimensiones de la globalización —económica, política, tecnológica, cultural, emocional— tienden a exacerbar las exclusiones existentes y producen nuevos riesgos, nuevos conflictos, nuevas exclusiones, en un contexto donde el hegemonismo del enfoque neoliberal prioriza al máximo la lógica del mercado y facilita el poder ingobernado —sin controles ni regulaciones— del capital transnacional. ▼

---

<sup>2</sup> Lechner



Si bien estos múltiples procesos han generado actitudes defensivas, mayor individualismo y creciente fragmentación, han abierto a su vez inesperados horizontes al impulsar el surgimiento de otras subjetividades, identidades y actores sociales. Han surgido así nuevas posibilidades de expandir los contenidos ciudadanos ante la conquista de nuevos derechos y ensayar distintas dinámicas ciudadanas en el espacio local y global. De este modo, la globalización es —a decir de Waterman— amenaza, pero también promesa y posibilidad.

Al privilegiar la economía de libre mercado sobre el bienestar de los/las ciudadanos/as, la globalización actual subordina la política a la economía. Frente a esta distorsión ética es urgente un nuevo paradigma de la política que recupere su centralidad, rechace la idea de lo social y lo político como subsidiario y complemento de la economía, para recuperar y repolitizar la democracia, articulando el cambio social con el cambio subjetivo y personal.

El eje común del nuevo paradigma de una democracia radical es la resistencia a la globalización hegemónica y la formulación de alternativas desde la diversidad para recuperar la idea de que la dignidad humana es irrenunciable, indivisible y puede florecer sólo en el equilibrio con la naturaleza y con una organización social que no reduzca los valores a los precios del mercado.<sup>3</sup> Un reto histórico es incorporar como dimensión esencial de los nuevos paradigmas formas inéditas de relación entre las personas, con sus cuerpos y sus sexualidades, inventando condiciones para otra forma de vivir juntos/as en un mundo como un todo. Ello alimenta nuevas subjetividades sociales y amplía los espacios de transformación, generando en el imaginario de las personas y la sociedad nuevas dimensiones ciudadanas.

## **LAS DINÁMICAS CONTRADICTORIAS**

Los cambios provocados por la globalización han debilitado también costumbres arcaicas y sentidos comunes tradicionales, como la relación entre los sexos, abriendo el horizonte para el surgimiento público y político de sexualidades plásticas y flexibles. Por lo mismo, la globalización fomenta también fundamentalismos crecientes, alimentados por los procesos de cambio. Las personas están más en contacto que antes con las ideas de autonomía, individuación, libertad, igualdad, pudiendo modificar su autopercepción y su condición de sujetos de derecho. El mismo paradigma de género ha cambiado, ya no se sustenta más en el modelo capitalista previo del hombre proveedor y las mujeres en lo doméstico. Las mujeres politizaron lo doméstico, la función de proveedor para los hombres está erosionada. Se ha logrado también la recuperación de una mirada más compleja al género, superando su perspectiva reduccionista que lo coloca como oposición binaria entre mujeres y hombres, para incorporar en la ontología genérica no sólo las posibilidades abiertas por travestís, transgéneros, transexuales y personas intersex, sino también la resignificación constante de aquello que significa en nuestra cultura ser una mujer o un hombre.

Todo ello ha hecho emerger con más fuerza el reconocimiento de la pluralidad y diversidad, tanto de las sexualidades y las familias como de la conciencia de inadecuación de las estructuras sociales y las instituciones políticas para expresar este reconocimiento.

Sin embargo, a pesar de los procesos de individuación y de mayor conciencia de derechos

de las mujeres y de otros sujetos caracterizados por experiencias no hegemónicas del cuerpo, del género y la sexualidad, estos avances han dejado básicamente intocada la división sexual del trabajo como forma organizativa de la sociedad, haciendo mucho más agobiantes sus múltiples jornadas y convirtiendo el tiempo –su escasez– en un lugar de sometimiento. Las redes entre mujeres, que asumen colectivamente algunas de las tareas adscritas a ellas, tan significativas y meritorias, contienen incursiones solidarias que siguen cargando la responsabilidad de lo doméstico cotidiano en las mujeres. Los impactos negativos de esta forma de organización en su salud y sexualidad, capacidad reproductiva, autonomía, búsqueda del placer, participación política; en fin, en el proceso de crecimiento como sujetos políticos y actoras sociales son evidentemente estremecedores.

No hay respuesta fácil. Reconceptualizar la política, la economía, los poderes nacionales y globales requiere también revisar categorías y conceptos de organización de la vida en común arbitrarios para la ciudadanía en su expresión actual. Rechazar, por ejemplo, la concepción de pobreza como un fenómeno apolítico, politizando sus causas en un mundo donde el desarrollo de las fuerzas productivas produce una gran riqueza: el problema crucial no es la pobreza sino la tremenda inequidad en la redistribución de la riqueza. Revisar nociones como la de “interés público” que se ha convertido en una clave estructuradora del Estado y de la lógica de dominación actual. El “interés público” pone en riesgo o desconoce los derechos ciudadanos básicos al estar al servicio del mercado, de la inversión económica de las transnacionales, dejando a un lado la protección y el respeto de los derechos individuales y los derechos colectivos de los pueblos. En

esta lógica, una compañía minera tendría mucho más interés público que una comunidad que ve contaminadas sus aguas y la pérdida de sus tierras. El “daño” a las ciudadanías por la exacerbación de los intereses privados y particulares –convertidos en públicos– requiere ser recuperado como categoría de conocimiento y de legislación.

El Estado tiene, indudablemente, responsabilidad en la definición de las políticas macroeconómicas y el bienestar ciudadano. Sin embargo, en el modelo hegemónico el rechazo a la intervención estatal ha sido constante, pero selectivo. De un lado, ha asumido el financiamiento de las políticas de ajuste y de liberalización del mercado, y, de otro, el costo político de una reducción drástica de los servicios públicos; al tiempo que ha visto enormemente debilitadas sus funciones frente a la promoción y defensa de los derechos humanos. Los esfuerzos por lograr un desarrollo económico con equidad constituyen un desafío que aún no ha sido asumido en nuestra región, la más inequitativa del mundo. La lógica productivista hegemónica del capitalismo neoliberal es la que mejor expresa el predominio del mercado sobre las ciudadanías y oscurece la noción de trabajo inseparable del bienestar, del placer, del ocio; de la realización personal y colectiva, y no del lucro, del consumo compulsivo de producción de bienes cada vez más superfluos e innecesarios para la vida.

Por ello, el reto al que nos enfrentamos no es crear más Estado sino otro Estado, realmente democrático, que integre efectivamente a todos los/las ciudadanos/as.

---

<sup>3</sup> Boaventura de Souza Santos



## **ESTRUCTURAS DE FLORECIMIENTO <sup>4</sup>**

Los movimientos feministas en su articulación con otros movimientos nucleados en torno a diversidad sexual y expresiones de género, raza, etnia, clase, lo generacional, han desplegado con éxito estrategias de visibilidad, empoderamiento y de impacto propositivo.

Han logrado, a lo largo del siglo XX, resquebrajar el consenso social sobre la legitimidad de la subordinación, la exclusión y la discriminación de todas las expresiones sexuales que escapan de la norma hegemónica. Si bien la cultura política sigue arrastrando discriminación y violencia sexista, racista y homofóbica, las luchas de aquellos movimientos sociales han conseguido impactar en el sentido común tradicional y generar espacios para la emergencia de nuevas miradas más democráticas e inclusivas en torno a la igualdad en la diferencia. Es un proceso

que ha generado leyes y reconocimientos ciudadanos, alimentado por las Conferencias Mundiales de NN UU en los años noventa, pero que ha tenido su motor más efectivo en la capacidad organizativa, de lucha y de propuesta de los movimientos sociales. Se han producido nuevas estructuras de florecimiento para nuevas estrategias de emancipación.

Todo esto ha sido posible por la audacia de los movimientos feministas, los movimientos de mujeres, de diversidad sexual, y por la solidaridad de muchas personas y movimientos democráticos. Sin esa audacia y capacidad de propuesta y movilización no se hubiera logrado lo que hoy tenemos y no lograremos lo que aún sigue faltando. Por ello, en estos contextos, la capacidad de negociación y disputa efectiva con los poderes existentes requiere más que nunca la politización y la visibilidad activa de las agendas feministas como parte de una agenda

No hay respuesta fácil. Reconceptualizar la política, la economía, los poderes nacionales y globales requiere también revisar categorías y conceptos de organización de la vida en común arbitrarios para la ciudadanía en su expresión actual. Rechazar, por ejemplo, la concepción de pobreza como un fenómeno apolítico, politizando sus causas en un mundo donde el desarrollo de las fuerzas productivas produce una gran riqueza; el problema crucial no es la pobreza sino la tremenda inequidad en la redistribución de la riqueza.

democrático radical. Es decir, la experiencia nos muestra que, para incidir y dialogar en este nuevo escenario, hay que perfilar la visibilidad del propio aporte y exigir reconocimiento. El terreno de disputa no es sólo en relación con los poderes y espacios hegemónicos, sino también por el reconocimiento y la redistribución de poder en el campo democrático, y por la construcción de contrapoderes y significados contraculturales.

Una dimensión contracultural que alimenta el contrapoder desde nuevos significantes pasa hoy por la articulación del cambio personal con los procesos de transformación social, generando “subjetividades alternativas” que se manifiestan no sólo a nivel consciente sino que impactan el imaginario subjetivo, personal y social. Y en esta dimensión los feminismos aportan categorías profundamente personales de alto contenido social y político: *el cuerpo* es uno de esos “saberes impertinentes”<sup>5</sup> que amplían los referentes de transformación, y desde él se recupera la diversidad de formas de existencia de las mujeres (y de todos los seres humanos), y es posible articular las dimensiones de raza, clase, género, orientación sexual, identidad y expresión; edad y capacidad física, como parte de un mismo sistema de dominación. Por ello, urge una nueva reconceptualización del cuerpo en su dimensión política, recuperando su marco emancipatorio para, desde allí, analizar cómo es impactado por las fuerzas excluyentes de la economía neoliberal, el militarismo y los diversos fundamentalismos.

Nada más personal que el cuerpo y nada más político tampoco.

El cuerpo político se ubica no sólo atado a lo privado o al ser individual sino también vinculado íntegramente al lugar, a lo local, a lo social, al espacio público. Sobre el cuerpo actúan el Estado, la comunidad, la familia, la religión, el mercado, las fuerzas fundamentalistas. “Es a través de una gran cantidad de controles patriarcales que estas fuerzas e instituciones transforman los cuerpos de las mujeres en expresiones de relaciones de poder. De esta manera, los cuerpos de las mujeres y las diversidades sexuales están en el centro de proyectos autoritarios o democráticos”<sup>6</sup>.

Y en muchas ocasiones la línea democrática divisoria entre “democrático” y “autoritario” se difumina cuando se trata del cuerpo.

Es quizás por ello que todos los enormes avances alcanzados por las luchas feministas y de diversidad sexual y de género no han podido aún desarticular los arreglos sexuales antidemocráticos, ni han logrado desplazar el control que las instituciones religiosas y estatales ejercen sobre la sexualidad, la reproducción, el placer de los cuerpos. Sí se avanzó, paradójicamente, en colocar indiscriminadamente el cuerpo como territorio de comercialización y colonialización, transformándolo en sitio crítico donde se asientan las opresiones estructurales e impactan las discriminaciones de casta, clase, raza, etnia, religión, nacionalidad, diversidad sexual. ▼

---

<sup>4</sup> Usamos esta feliz formulación de Alice Miller, en sus comentarios a la primera versión del manifiesto.

<sup>5</sup> Diana Maffía

<sup>6</sup> Hancourt y Escobar